

niente en suma, el de ser demasiado lisonjeras para los franceses.

Así discurría Napoleón sobre los sucesos de su reinado, según se ve con sinceridad cuando su amor propio hallaba excusas especiosas, con sofistería cuando no encontraba ninguna, conociendo sus desaciertos, aunque sin confesarlos de plano, y contando con la inmensidad de su gloria para sostenerla ante las edades futuras, como ante sus contemporáneos la había sostenido.

De mejor voluntad y con mayor confianza se expresaba en punto al gobierno interior del imperio. Aquí se presentaba como un gran organizador y muy fundadamente, pues recibiendo en 1800 la sociedad antigua hecha pedazos por el martillo de la revolución, con sus restos había reconstituido la sociedad moderna. No le costaba trabajo demostrar porque había aspirado á fundir juntas las diversas clases de Francia, violentamente divididas, á llamar á la antigua nobleza, á elevar la clase media á su altura, dándole títulos merecidos por sus servicios relevantes, y á ofrecer así á Europa una sociedad poderosa, rejuvenecida y digna de entrar en relaciones con ella. Solo que, al tratar de hacer á Francia presentable á Europa, con el fin de restablecer relaciones pacíficas entre ellas, no debiera obligar á esta infeliz Europa á vivir en continuos sobresaltos. Por lo demás Napoleón hablaba como legislador, como filósofo, como político, sobre todos estos puntos, y cuando algunos de sus compañeros de destierro le repetían que había errado en rodearse de los antiguos nobles, que le habían vendido, enérgicamente rechazaba este cargo, miserable en su juicio, dirigiéndoles esta

respuesta perentoria. — Los dos hombres que mas han contribuido á perderme son, Marmont en 1814 quitándome las fuerzas con que iba á destruir á la coalición dentro de París, y Fouché, en 1815, sublevando en mi contra á la Cámara de representantes. Los verdaderos traidores, si hay traidores que me hayan perdido, son estos dos hombres. ¿Y eran antiguos nobles por ventura?...

En seguida refería Napoleón muy complacido cuanto había hecho para dotar á Francia con una administración activa, poderosa, íntegra y clara en sus cuentas. A la memoria traía sus caminos, sus canales, sus puertos, sus monumentos, sus trabajos para la elaboración del Código civil, del cual atribuía á Tronchet una gran parte, su larga presidencia del Consejo de Estado, donde decía que reinaba una gran libertad de discusión y se le contradecía obstinadamente á menudo, porque, según añadía de igual manera, si los hombres son cortesanos, asimismo tienen su amor propio, y consejeros de Estado he visto y hasta magistrados de menos elevada esfera, sostener una vez empeñados su opinión con tenacidad en mi contra; tan cierto es que basta congregar á los hombres con intención formal de profundizar los negocios, para que nazca una libertad relativa, y aun fecunda á veces, á lo menos en materias administrativas.

Napoleón confesaba no haber sido un monarca liberal, si bien sostenía haber sido un monarca civilizador, y añadía que, encargado de la dictadura, su papel no podía ser dar la libertad, sino prepararla. En cuanto al ensayo de esta libertad en el año de 1815 no lo desaprobaba de ningún modo, pero hablaba poco de tal asunto, como si

se hallara confuso ante una prueba, que tan mal le había salido personalmente. Con este motivo se expresaba acerca de las asambleas como hombre que las conocía de lleno, aun habiéndolas practicado poco, y á la novedad de este ensayo de libertad mas bien que á su vicio fundamental achacaba sus trabacuentas en la Cámara de representantes, y decia lo siguiente. — A semejanza de los ejércitos necesitan gefes por guía las asambleas, con la diferencia de que los ejércitos reciben los gefes que les son dados, á la par que las asambleas se los dan á sí propias. Y en 1815 como congregada al estam-pido del cañon la Asamblea de representantes no tuvo tiempo de buscar, ni de hallar sus gefes. —

Respecto de todo manifestaba Napoleón que sólo había podido tener proyectos; que á nada había tenido espacio de dar remate; que su reinado no era mas que una serie de bosquejos, y poniéndose como á soñar gozaba con representarse todo lo que llevara á cabo, si de Europa obtuviera una paz franca y durable (paz que había deseado por desgracia cuando la hubiera podido obtener ventajosa, como en 1813 por ejemplo, y que en 1815 había deseado solo, cuando ya se había hecho imposible). — A mis súbditos, decia, yo hubiera otorgado parte muy amplia en el gobierno. Junto á mí les llamara al seno de asambleas verdaderamente libres, á las cuales hubiera escuchado, y allí me dejara contradecir, y no limitándome á reunirlos en torno de mi persona, yo hubiera ido á ellos. Con mis propios caballos hubiese viajado por Francia, acompañado de la emperatriz y de mi hijo. Todo lo viera por mis propios ojos, á todo diera oídos, y satisficiera los agravios, y obser-

vara de cerca los hombres y las cosas, y esparciera los beneficios de la paz con mis manos, tras de haber esparcido con estas mismas manos los males de la guerra en tanta copia. Así envejeciera como príncipe paternal y apacible, y despues de haber por tan largo tiempo aplaudido á Napoleón belicoso, los pueblos bendijeran á Napoleón pacífico y *vijando á semejanza de los antiguos merovingios en un carro tirado por bueyes.* —

Tales eran los ensueños del grande hombre, y los referimos por contener una leccion de bulto, la de no dejar que pase el tiempo de hacer el bien, porque, una vez pasado, ya no vuelve nunca. Así transcurrían las veladas del cautiverio, y cuando, con discurrir de esta suerte, echaba de ver Napoleón que había llegado á una hora mas avanzada que de costumbre, exclamaba con goce. — *¡Media noche! ¡Media noche! ¡Qué conquista sobre el tiempo!*... ¡El tiempo, del cual nunca tuvo en otros dias bastante, y ahora siempre lo tenia de sobra!

Así como una mitad del año de 1816 pasó en tacañerías de resultas de los procederes de sir Hudson Lowe, la otra mitad fué mucho mejor empleada y consagrada á trabajos históricos asiduos. Con Mr. de las Cases ocupábase Napoleón por entonces mas tiempo, como que se sentia lleno de ardimiento por la relacion de las campañas de Italia, que le traían á la memoria sus primeros triunfos, y le llegaban así más al alma. Aun cuando se ocupase á la par con el gran mariscal Bertrand de la campaña de Egipto, y con el general Gourgaud de la campaña de 1815, á la sazón su objeto preferente lo constituía la Italia. A la mano hubiera querido tener un *Monitor* para las fechas y algu-

nos pormenores materiales, y á falta del *Monitor* se servía del *Annual Register*. Por lo demás rara vez le era infiel su memoria, y casi nunca tenía que rectificar sus recuerdos. Obligado Mr. de las Cases, á escribir de modo de seguirle la palabra se tenía que valer de abreviaturas; luego necesitaba transcribir de nuevo lo que le había dictado, á lo cual dedicaba una parte de las noches. A otro día presentaba esta copia, que Napoleon corregía de su puño. Habiendo debilitado extraordinariamente un trabajo de tal especie la vista de Mr. de las Cases, su hijo le relevaba á menudo, y le ayudaba en sus afanes por coger al vuelo el pensamiento impetuoso del historiador prepotente. A este trabajo había Napoleon añadido otro. Conociendo el inconveniente de no saber inglés, había resuelto aprenderlo, y tomó por maestro á Mr. de las Cases. Pero este genio poderoso, que poseía la memoria de las cosas en grado sumo, no poseía la de las palabras, y con dificultad aprendía las lenguas. Se aplicaba sin embargo, y ya empezaba á leer inglés, sin poderlo hablar á pesar de todo. Estas diversas ocupaciones exigían que Mr. de las Cases estuviera con Napoleon á solas muy á menudo, y provocaban celos en esta colonia tan escasa, donde al parecer se debía estrechar mas el vínculo de los corazones. Respecto de Napoleon había acreditado el general Gourgand una adhesión á toda prueba, si bien echaba á perder sus buenas cualidades con un excesivo orgullo, y con una propensión á la envidia, que jamás estaba en reposo. No habiéndose separado de Napoleon durante las últimas campañas, se consideraba con derecho á ser cooperador exclusivo de las relacio-

nes de la guerra, y muy á despecho sufría que á la sazón fuese Mr. de las Cases el confidente habitual de su soberano. Mas á cada cual le debía llegar su turno, y con el fin del imperio, que el general Gourgand conocía muy á fondo, le tocaría el privilegio de las largas entrevistas á solas. Pero tan fogoso como valiente, no se sabía ir á la mano, y en círculo tan reducido, donde por necesidad habían de ser tan sensibles los choques, se mostraba quimerista, y molesto á menudo. Napoleon se atribuía más con el espectáculo de tales discordias; y aspiraba á atajar riñas, que penetraba de sobra, por más que se le quisieran ocultar con empeño, y reprimía con autoridad los impetus del general Gourgand, y se aplicaba á curar las heridas causadas á la sensibilidad de Mr. de las Cases, carácter algo melancólico y reconcentrado. — ¿Qué, les decía á todos, no tenemos bastante con vuestras penas? ¿Acaso nos las habremos de aumentar con vuestras propias extravagancias? Si no os mueve la consideración que os debeis unos á otros, que os mueva la que debeis á mi persona. ¿No conocéis que me haceis profundamente desdichado con vuestras disensiones?... Tened presente, á nada, que cuando volvais á Europa, lo cual no puede menos de efectuarse pronto, porque no me quedan muchos años de vida, vuestra gloria se cifrará en haberme acompañado sobre esta roca. Entonces no ireis por cierto á confesar que viviais como enemigos unos respecto de otros; os direis *hermanos en Santa Elena*, y así blasonareis de unidos. ¿Y si lo habeis de hacer algún día, á qué no empezar desde ahora para vuestra dignidad propia, y para mi reposo y mi consuelo?... —

Sin embargo de ser objeto de muy suspicaz vigilancia, á veces estos pobres desterrados iban á la ciudad bajo diversos pretextos, bien que realmente para adquirir noticias. Allí iban á caballo, acompañados de un vigilante, al cual daban á guardar sus cabalgaduras, y que así les dejaba algo de libertad de que hacian uso para facilitarse comunicaciones con Europa. A menudo el dueño del pabellon de Briars, proveedor de Longwood al presente, se hacia intermediario de sus correspondencias, inocentísimas del todo, pues tenian por único objeto mantener relaciones con sus familias, y las mas culpables llegaban á lo sumo hasta denunciar las crueldades del gobernador británico á la opinion pública europea. No obstante, conviniere atenderse á estas discretas comunicaciones y no alarmar demasiado el espíritu suspicaz de sir Hudson Lowe. Pero Mr. de las Cases ideó valerse de un criado, que volvía á Europa, á fin de confiarle una larga relacion de lo que padecian en Santa Elena, escrita sobre una tela de seda, para que se pudiera ocultar mas fácilmente. Ora por infidelidad del criado, ora por el rigor ejercido en el registro, ello es que el depósito fué descubierto; y en virtud de los reglamentos establecidos, condenado fué Mr. de las Cases, que habia desagrado á sir Hudson Lowe muy particularmente, á salir de la isla de Santa Elena. Una tropa de gente armada se apoderó de su persona y de la de su hijo, y á James Town condujo á ambos. Sir Hudson Lowe declaró á Mr. de las Cases que, habiendo infringido los reglamentos prohibitivos de comunicaciones clandestinas, al Cabo seria trasladado, y del Cabo á Europa. Necesario fué someterse á este

señor absoluto, con quien no habia que entrar en contestaciones. Registrados fueron los papeles de Mr. de las Cases, y allí se encontraron el diario de las entrevistas que con Napoleon habia tenido, y el manuscrito de las campañas de Italia. Provisionalmente fueron retenidos el uno y el otro.

Napoleon mostró vehementísimo enojo por la violacion de su domicilio, y por la privacion de un hombre tan respetable y que le era tan necesario. Al punto reclamó el manuscrito de las campañas de Italia, que le fué devuelto, y clamó amargamente contra la captura de Mr. de las Cases por un acto tan natural y tan inocente como el de una queja arrancada por los padecimientos, y demostrativa de que no se pensaba en huir de ningun modo, pues relativo á evasion no habia nada en los documentos interceptados. No habiendo ningun buque próximo á hacerse á la vela, Mr. de las Cases fué retenido en la isla, y por decirlo así comunicado, pues con Longwood no podia tener relaciones. Sir Hudson Lowe tuvo tiempo de reflexionar de este modo, y temió que la ida de Mr. de las Cases á Europa fuese mas fatal para sí y para los ministros ingleses que su presencia en Santa Elena, pues ya libre podría hacer oír la voz de la desgracia, voz que hasta en el parlamento británico seria muy escuchada. De consiguiente ofreció á Mr. de las Cases la vuelta á Longwood á condicion de que se abstuviera de correspondencias en lo sucesivo, y se aprovechara de la leccion que acababa de recibir con un mes de arresto. Pero por su parte Mr. de las Cases habia hecho las mismas reflexiones, y calculado que á Napoleon seria mas útil en Europa que en Santa Elena, de-

nunciando los tratamientos que sufrían los desterrados. También le tenía con mucha zozobra el estado de la salud de su hijo, resentida á consecuencia del clima de los trópicos, y así no aceptó la merced que le ofrecía sir Hudson Lowe. No se le permitió ver á Napoleon como no fuera delante de testigos, á lo cual se negó rotundamente, si bien haciéndole llegar los motivos de su resolución así como algunos objetos, de que era depositario, y embarcado fué el año de 1816 á últimos de diciembre, tras de pasar al lado de Napoleon diez y ocho meses, doce de ellos en Santa Elena.

Napoleon manifestóse muy afligido de la partida de Mr. de las Cases. Entre sus compañeros de destierro figuraba como el de instrucción mas variada, y como el que por su conocimiento del inglés le prestaba mayores servicios, además de ser de carácter muy dulce aunque algun tanto puntilloso. Sin desconocer que en su negativa de volver á Longwood habia entrado por mucho el deseo de denunciar á Europa los padecimientos de los cautivos de Santa Elena, tampoco á Napoleon se le ocultaba que habian influido en determinacion semejante su salud y particularmente la de su hijo, y veía á las claras que, ya la suspicacia, ya el clima, ya los deberes de familia, disminuirían sucesivamente la pequeña sociedad que le habia seguido, y cuya presencia poblaba con algunos rostros de amigos su soledad horrorosa. Marchand, su ayuda de cámara, veloz de pluma, lector excelente, discreto, juicioso, adicto á su amo con simplicidad tierna, y de día en día, no ya criado sino amigo, en proporción se hallaba más que otro alguno de recoger estas palabras, que se escapaban

de un alma dolorida, y que parecían dirigidas á Dios tan solo.—Si continúa esto, decia Napoleon entre suspiros, aqui no quedaremos sino Marchand y yo dentro de poco.—Luego dirigiéndose á Marchand añadía estas frases.—Tú me harás la lectura, tú escribirás bajo mi dictado, tú me cerrarás los ojos, y tú irás á vivir á Europa en el seno del bienestar que yo te haya asegurado.—

Para la colonia desterrada fué ocasion el día 1.º de enero de 1817 de una pequeña fiesta de familia. De aprovechar los aniversarios cuidaban los amigos de Napoleon para acudir juntos á rendirle sus homenajes, como tiempos atrás en el palacio de las Tullerías, y á demostrarle que proscrito y cargado de cadenas y todo, siempre figuraba como el emperador Napoleon para ellos. No eran las fiestas del orgullo, como en las Tullerías, sino las del corazon, del corazon contrito y humillado, y tanto mas expansivo, cuanto que era más sin ventura. Mad. Bertrand y Mad. de Montholon, acompañadas de sus esposos y llevando á sus hijos de la mano, y el general Gourgaud, y detras de ellos Marchand con los criados que habian seguido á su señor á Santa Elena, se presentaron el día 1.º del año á expresar sus votos. ¡Ay y qué votos! que su vida sobre aquella roca no fuese demasiado amarga; que su salud no declinase demasiado pronto; que ciertos padecimientos físicos de que se empezaba á sentir atacado no fuesen demasiado agudos, pues lo de tomarle á ver en Francia establecido sobre el trono, ó libre en América á lo menos, nadie se atrevía á pensarlo ni por asomo, y menos aun á hablarle de ello. Napoleon se hallaba más triste que de costumbre, á causa de los re-

cuerdos que despertaba este día en su mente, y también á causa de la partida de Mr. de las Cases y de su hijo. A sus compañeros recibió con muestras de enternecimiento, que no le eran habituales, y les dió gracias por su adhesión de la manera más expresiva. Siempre habia experimentado sumo placer en hacer regalos, y con algunos restos salvados por Marchand de su antigua opulencia, compuso un pequeño tesoro para acreditar de vez en cuando su gratitud á los que estaban á su servicio. De allí sacó para los niños, á quienes amaba mucho, y para sus padres, algunos objetos que debían guardar como preciosos recuerdos de familia. Después de estas expansiones, haciendo un día hermoso, en unión de sus compañeros de destierro almorzó debajo de la tienda que el almirante Malcolm habia hecho levantar junto á su morada, y que le proporcionaba la única sombra de que podia gozar en Longwood. Allí se pasó la mayor parte del día, y poco á poco disiparon al parecer la sombría tristeza que cubria la frente de Napoleon al principio, tanto la hermosura del cielo como las demostraciones de sus amigos y una conversacion cordial y dulce. Se habló de Francia, de lo pasado otras veces tan deslumbrante, nada se dijo de lo presente, y sin embargo por vez primera se aludió con algunas palabras á lo porvenir que no se aspiraba á penetrar comunmente, á causa de que por mucho que se clavasen allí las miradas, no se descubria más que la prision en el fondo. No obstante comenzaba á despuntar cierta especie de esperanza, y tal esperanza nacia de la posibilidad de un cambio ministerial en Inglaterra. Por la lectura de los periódicos era fácil de concebir que, después de

los transportes de júbilo del año de 1815, se operaba una reaccion en los ánimos; que á sus ideas de libertad volvian los pueblos, y que al volver á ideas tales, su violencia perdian los odios contra Francia. A la sazón el ministerio de lord Castlereagh era vivamente atacado. Cuenta habia pedido la oposicion á lord Bathurst de sus crueldades respecto del prisionero de Santa Elena, y así no habia ninguna inverosimilitud en suponer un próximo cambio de gabinete. A la verdad no se llegaba hasta imaginar que Napoleon pudiese deber un papel cualquiera á otro nuevo ministerio, si bien podria acontecer que aligerara las cadenas del cautivo, y le trasladara á otra isla, y aun le abriera la libre América por ventura. Ciertamente era poco probable, pero á falta de esperanzas fundadas, el alma humana se nutre de quimeras. Tan imposible le es no esperar cosa alguna! Todos sonaron este día y separáronse consolados.

Mas triste fué el año de 1817 que el de 1816 todavía, y todo auguraba que lo mismo aconteceria en los sucesivos, porque en aumento debia ir la tristeza en este cautiverio sin fin presumible, y sin otra perspectiva que la de la muerte. Por completo habian cesado los paseos á caballo, que para la salud de Napoleon eran indispensables de todo punto, á causa de llegarle á parecer tan estrecho como el patio de una cárcel el círculo de tres ó cuatro leguas, á qué se tenia que circunscribir necesariamente, si deseaba estar solo. Habiéndolo querido traspasar en varias ocasiones y recorriendo las partes desconocidas de la isla, á veces se habia ocultado á los ojos del oficial encargado de ir en su seguimiento, y manifestando éste que en obser-

vancia de sus órdenes se vería en la necesidad de ir mas cerca de su persona, del todo renunció Napoleón á montar á caballo. Hasta dos meses se mantuvo sin salir mas que á dar á pie un corto paseo. Antes recibía á algunos ingleses ú holandeses de vuelta de las Indias á Europa, los cuales solicitaban del gran mariscal Bertrand el honor de serle presentados. Sir Hudson Lowe aspiró á cambiar método semejante, y al ver Napoleón que de Longwood se quería hacer una especie de postigo que no se abriera sino por mano de su carcelero, ya no recibía á nadie. Esta reclusion absoluta puso término á todas sus distracciones, particularmente desde la partida de Mr. de las Cases, y así cayó en cierta especie de inercia moral, que unida á la inercia física, debía producir sobre su persona los mas rápidos y funestos efectos.

Por esta época llegaron á Santa Elena tres comisionados de las potencias aliadas, con encargo de velar por la guarda del prisionero, de acuerdo con sir Hudson Lowe. Efectivamente, las potencias habian concluido un tratado, por el cual aprobaban todo lo que anteriormente habia ejecutado Inglaterra, y la delegaban el cuidado de retener á Napoleón en lo sucesivo, á condicion no obstante de que en Santa Elena pudiesen residir comisionados, y asegurarse de la continua presencia del prisionero, y vigilar tanto sobre su custodia como sobre el modo con que era tratado. Fiando Prusia á Inglaterra el cuidado de guardar á su antiguo enemigo, y no interesándose lo bastante por su persona para indagar su tratamiento, no envió á nadie. Rusia, Austria y Francia despacharon cada cual su comisionado. Confinados los tres á una isla casi

deshabitada, no tenían mas que una compensacion en perspectiva, la de ver y de hablar á veces al prisionero ilustre. Mr. de Montchenu, enviado francés y viejo realista, muy furibundo aunque no malo, sin cesar repetía que las gentes de talento eran las que habian hecho la abominable revolucion francesa, y que Napoleón, su gefe, de más talento y de mayor perversidad que todos juntos, era un demonio á quien habia que encerrar dentro de una jaula de hierro. No tenia el mas leve deseo de frecuentar su trato, pero si anhelaba adquirir lo mas á menudo posible la certidumbre material de su presencia en Santa Elena. Mr. de Sturmer, enviado austriaco, al servicio del príncipe de Metternich, el mas curioso entre los hombres de Estado, hubiera querido tener la posibilidad de divertir con picantes pormenores á su gefe. Mr. de Balmain, comisario ruso, y encargado por Alejandro de velar á fin de que se guardara á Napoleón con seguridad plena, aunque no demasiado cruelmente, asimismo tenia de verle algun deseo, no tanto como sus colegas, y se mofaba muy á su sabor del sobresalto del francés y de la curiosidad del austriaco.

Singularmente fallida resultó la expectation de los tres comisionados á su llegada á Santa Elena, pues habiéndolos anunciado sir Hudson Lowe en Longwood como acreditados por virtud del tratado de 2 de agosto de 1815, Napoleón se negó á recibirlos con este carácter de una manera rotunda. De invencible tenacidad, así en la adversa como en la próspera suerte, no queria salir del principio que habia sentado, y á tenor del cual sustentaba que, habiéndose entregado á Inglaterra de voluntad

propia, no habia ningun derecho para constituirle prisionero. Por este motivo declaró que, dispuesto á recibir á aquellos señores con gusto, si se presentaban como simples particulares, no los recibiría de ningun modo introducidos á su presencia en virtud del tratado de 2 de agosto. Muy de sentir sin duda era esta fidelidad á su tema, pues además de las distracciones que le proporcionara la sociedad de estos comisionados, por su conducto pudiera hacer llegar á las cortes de Viena y de San Petersburgo ciertos pormenores relativos á su cautiverio que excitaran verosimilmente el pudor del emperador Francisco y el excelente corazon del emperador Alejandro. Sir Hudson Lowe juzgábase de este modo, y así aprovechóse diligentemente de la dificultad suscitada por Napoleon para declarar que los tres comisionados no entrarian en Longwood sino por virtud del dicho tratado. No era este el modo de pensar de los comisionados de las potencias, que desearan ser recibidos por Napoleon bajo cualquier concepto, así para asegurarse de su presencia como para gozar de una sociedad que hubiese envidiado todo el mundo. Pero sir Hudson Lowe, temeroso de la ingerencia de estos comisionados en las cuestiones relativas á la guarda de los prisioneros, no se quiso prestar á ningun acomodo, y sin ser admitidos en Longwood continuaron en Santa Elena. De vez en cuando montaban á caballo, y daban vueltas alrededor de los edificios, que á Napoleon servian de vivienda, y se situaban en las avenidas por si le encontraban acaso, y reducidos se hallaban á verle desde muy lejos, ó á adquirir de los yentes y vinientes algunos pormenores. De los propios compañeros

de Napoleon se los proporcionaban á sí mismo. Al gran mariscal Bertrand conoció el uno, á los generales Gourgaud y Montholon el otro. O los recibian en su morada, ó iban á visitar á Mad. Bertrand á Hutt's Gate. Así se cercioraban de la presencia en Longwood del prisionero ilustre, y á veces se les escapaban noticias, muy insignificantes á sus ojos, á la par que de valor inmenso para pobres cautivos relegados en una isla desierta á dos mil leguas de su patria. Mr. de Montholon, el mas sagaz de los habitantes de Longwood, se daba maña para hacer hablar á los comisionados y para arrancarles á veces algunos pormenores interesantes. Deseoso de halagar á su soberano sin ventura, y de despertar la esperanza extinguida en su mente, se aplicaba á persuadirle, ora de que el comisionado ruso iba á denunciar los tratamientos que se le hacian sufrir al emperador Alejandro, ora de que contra el gabinete de Castlereagh se pronunciaba el movimiento de los espíritus en Inglaterra, y de que con nuevos ministros obtendria á lo menos un cambio de residencia, ya que no la facultad de vivir en América y libre del todo.

Tambien la casualidad proporcionó á Napoleon un medio de comunicacion con Europa, de resultas de establecerse á inmediacion de su persona el doctor O'Meara. Falto Napoleon de médico al dejar á Francia uno encontró muy de su gusto á bordo del *Belerosfonte*. Hombre de talento y bastante sagaz era el doctor O'Meara, y menos apegado que sus compañeros de profesion á las prácticas de la medicina inglesa. Napoleon, respecto de medicina, solo tenia fé en la del ilustré Corvisart, que caracterizaba con estas palabras, *la experiencia en*

un hombre de superior entendimiento; por lo general no queria remedio alguno, y absolutamente rechazaba los de los médicos ingleses. Sin embargo daba oídos al doctor O'Meara, á quien tomó á su servicio, se burlaba de sus prescripciones; si bien hablaba con él ya en francés ya en italiano, sobre toda clase de asuntos, y á menudo le enviaba á James Town á inquirir noticias. Sir Hudson Lowe habia consentido que el doctor O'Meara por su calidad de inglés se mantuviera al lado de Napoleón sin estar sujeto á las mismas molestias que los demás habitantes de Longwood, pues le juzgaba incapaz de hacer traición á su gobierno, lo cual era positivo á todas luces, y á lo sumo le creia propenso á algunas condescendencias sin peligro. Portándose con bastante habilidad en esta posición delicada, el doctor O'Meara salia de ella sin hacer traición á nadie, á Napoleón prestaba el inocentísimo servicio de facilitarle algunas noticias de Europa, á sir Hudson Lowe prestaba el servicio de testificar todos los dias la presencia del prisionero ilustre, cosa que el oficial residente en Longwood no podia hacer siempre, y hasta encontraba ocasion de agrandar en Londres, con proporcionar algunos pormenores acerca de Napoleón al príncipe regente, que sin ser una infidelidad respecto del cautivo de Santa Elena, para la curiosidad del príncipe ofrecian un interés verdadero.

Desde ciertos puntos de la planicie de Longwood se descubria el mar, y así que asomaba una vela, se deseaba saber qué buque hacia allí rumbo, cual era su procedencia, qué personas y qué cosas traia á bordo. Inmediatamente se despachaba á James Town al doctor O'Meara, el cual traia pe-

riódicos á menudo, y á veces hasta cartas substraídas á la vigilancia de sir Hudson Lowe. De esta suerte Napoleón proporcionóse noticias que por un instante sirvieron de alivio á su desgracia. Ya supo la absolucion de Dronot y la evasión de Lavallette, sucesos que le regocijaron mucho, ya tuvo conocimiento de la famosa ordenanza de 5 de setiembre, que le confirmó en la dulce esperanza de que el partido de la violencia muy pronto quedaria vencido en toda Europa. Tambien recibió cartas de su familia, que le conmovieron vivamente. Unas le decian que su hijo estaba muy bueno y que crecia á vista de ojo, por otras sabia que su madre, su hermana Paulina y sus hermanos deseaban ir á juntársele en Santa Elena, y le brindaban con su fortuna. Determinado estaba á rehusar tales ofrecimientos, aunque le llegaban muy al alma. Considerándose en Santa Elena como un reo de muerte, jamás se acomodara á que allí fuesen su madre y su hermana, al modo que no quisiera verlas subir en union suya al cadalso. Tampoco se aviniera á servirles de carga, constándole que apenas tenían con qué vivir sus deudos, salvo el cardenal de Fesch y su madre, y teniendo además á 65.000,000 de francos secretamente depositados en casa de Mr. Lafitte. A mayor abundamiento no necesitaba acudir á este último recurso, pues tras de atormentarle sobre los gastos de su casa, ya sir Hudson Lowe habia dejado de insistir en esta materia. De consiguiente hizo que se dieran las gracias á sus deudos por sus ofertas, manifestando que le tocaban muy al vivo, aunque no las aceptaba de ningun modo.

A pesar de su reclusion absoluta, Napoleón

recibió á algunos ingleses al retorno á Europa de la flota de Indias. Según ya hemos dicho, este momento daba margen á una verdadera fiesta en Santa Elena, porque los buques procedentes de tan lejano destino, en James Town se proveían de viveres frescos, y allí dejaban dinero ó mercancías, por un instante animaban la profunda soledad de esta roca perdida en medio de las olas del Océano. Naturalmente la curiosidad por ver á Napoleon era extremada entre los viajeros de todas condiciones, y tanto mas viva cuanto eran de espíritu mas culto. Grandes dignatarios, magistrados, sabios, pasajeros de la flota de Indias, saltando por encima de las mezquinas prescripciones de sir Hudson Lowe, al gran mariscal se fueron en derecha, para tener el honor de ser presentados á Napoleon por tal via. Entre el número se contaron lord Amherst y muchos personajes distinguidos. Napoleon admitiólos á su presencia, y Napoleon mostróse lleno de calma, de afabilidad y de buen talante, con ellos platicó largo tiempo, ora sobre las Indias, ora sobre los asuntos ingleses, y siempre con la superioridad de talento de costumbre. Como los mas importantes le pidieran sus órdenes para Europa, les contestó simplemente.—Por mi parte no os encargo nada; decid á vuestros ministros lo que habeis aqui visto. Aqui estoy sobre una roca, que se ha hecho para mi aun mas angosta de lo que la hizo la naturaleza, sin posibilidad de pasearme á caballo, despues de estar á caballo toda mi vida. Aqui habito bajo un techo de tablas, donde alternativamente me abraso de calor ó me siento empapado de una humedad penetrante. De aqui no puedo salir sin que un implacable carcelero me

rodee de esbirros. Ni aun puedo escribir á mi familia, ni recibir noticias suyas sin tener por confidente á este carcelero. Ya se me ha privado de dos de mis compañeros ¡y Dios sabe si se me privará de los que me quedan todavía! Si se deseaba mi muerte, mas noble fuera tratarme á la manera que al ilustre Ney, como soldado. Si no se abriga este deseo, concédanseme aire y espacio, y no se recelle mi evasión de ningun modo. Yo sé que para mi ya no hay puesto en el mundo, y que no tengo otro porvenir que el de espirar entre vuestros hierros. Pero la cuestion estriba en saber si he de seguir atormentado, al permanecer en esta isla. Además yo no pido nada; los que han visto mi estado, lo pueden dar á conocer, si su corazon les mueve á ello. Por mi parte, ni aun siquiera les ruego tal cosa.—

Sobradamente justificaba la situacion de Napoleon los tristes presentimientos á que se abandonaba al hablar de sí propio. Cuantos le veian habitualmente se asombraban de la graude alteracion de sus facciones, y aun cuando todavía no se hallaba en vísperas de su muerte, se podia facilmente augurar que no estaria muy lejana. La aversion que habia concebido á pasear á caballo tal como le era permitido, le indujo á abandonar por completo un ejercicio tan saludable, y á pesar de la buena estacion en Santa Elena á fines de 1817 se pasó cerca de seis meses sin poner el pie en el estribo. Pronosticándole el doctor O'Meara que semejante abstención de los ejercicios de toda su vida le seria funesta.—Tanto mejor respondia, así el fin llegará mas pronto.—Ya se empezaba á resentir de un dolor lento en el costado derecho, y Marchand

le manifestaba que tendria necesidad de un poco de ejercicio.—Si, decia Napoleon suspirando, me sentaria bien hacer á caballo una expedicion de diez ó doce leguas! ¿Pero me es posible sobre esta roca?—Siempre habia tenido mucha aficion á los baños prolongados, ahora cedió á ella mas que nunca, por experimentar algun alivio en el dolor del costado, y así permanecia algunas horas dentro de un baño caliente, y se acostaba luego, y así se debilitaba á vista de ojo. Su espíritu no perdía ni en fuerza ni en brillo, á la par que de dia en dia se mostraba mas débil de cuerpo, y decia á los que le dedicaban sus cuidados, y aparecian afligidos al notar su desmejoramiento.—*Ya veis que no es mi cuerpo el que era de hierro, sino mi alma.*

Viendo declinar la salud de Napoleon tan de prisa, sir Hudson Lowe comenzó á sentirse inquietado por la zozobra de que se le achacara tan rápido descenso. Muchas veces se habian levantado en Inglaterra contra el trato que se daba al cautivo de Santa Elena, y no queria suministrar fundamento á tales acusaciones. No atreviéndose á alzar la prohibicion de los paseos á caballo sin vigilancia, le ocurrió que seria remedio eficaz un cambio de vivienda, tanto más cuanto que los edificios de Longwood como construidos de tierra y madera ya amenazaban ruina. A todas las conveniencias correspondiera la cesion de Plantation House al cautivo ilustre, pero persistia en conservar á su familia esta morada, y así abrazó el partido de construir de nuevo. Lord Bathurst le habia dado facultades en tal sentido, á condicion de que la adquisicion del nuevo solar no resultase demasiado cara. Ora porque la adquisicion hacía la parte de

Plantation House fuera muy costosa, ora porque la planicie de Longwood semejara siempre de más fácil vigilancia, sir Hudson Lowe determinó dejar allí la nueva mansion del prisionero, si bien eligiendo más cerca del pico de Diana un sitio, donde se hiciera sentir ménos el viento del Sudeste. A Napoleon dió parte del proyecto, y además envióle todos los planos, con el objeto de que pudiera introducir cuantas alteraciones le parecieran oportunas. Napoleon respondió que seria funesta á su salud toda habitacion en aquella parte de la isla; que además se necesitarian tres ó cuatro años para dar remate á tales construcciones; que á la vuelta de tres ó cuatro años no le haria falta una casa, sino un sepulcro; que habria tenido la incomodidad de los operarios á inmediacion suya, sin que despuesse pudiera aprovechar de su trabajo; y que si se aspiraba á consultar su gusto, desde luego hacia presente que de ningun modo deseaba una casa nueva, y se acomodaba á la que tenia entonces, muy suficiente para morir en su recinto.

Sir Hudson Lowe no se desalentó con tal respuesta, y así emprendió la construccion al punto, eligiendo en la planicie de Longwood el sitio mas abrigado que fué posible, y levantando un muro de césped, con el fin de ahorrar á los desterrados la vista y el ruido de los trabajadores.

Más triste fué el 1.º de enero de 1818 que el de los años precedentes, y mucho más que el próximo pasado, aun habiéndolo entristecido la partida de Mr. de las Casas. Napoleon trabajaba ménos, y parecia desalentado en la tarea de dictar la relacion de sus campañas, fiando á la posteridad

el cuidado de su gloria.—¿A qué bueno, decía todas estas memorias para consulta, presentadas á la posteridad, que nos ha de juzgar á todos? Abogados somos que á nuestro juez causamos fastidio. La posteridad es una apreciadora de los sucesos más fina que nosotros. Sobradamente sabrá descubrir la verdad por sí misma, sin que nos tomemos tanto trabajo para que llegue á su conocimiento.—Napoleon dictaba ménos, pero se dedicaba más á la lectura. Su sensibilidad por lo bello, más exquisita de resultas de los años y las penalidades, con delicia saboreaba las obras maestras del espíritu humano. Hablando algo ménos de los sucesos de su vida, por la noche hablaba de sus lecturas, y á veces leía á sus amigos ciertos pasajes de grandes escritores de todos los tiempos con el acento de una inteligencia elevada y segura.

A menudo leía la Sagrada Escritura, cuya grandeza tocaba á su genio en lo más vivo, pero entre todos los monumentos de la antigüedad daba la preferencia á Homero. Grande y veraz le hallaba á todas luces, se mostraba encantado del contraste de los sentimientos nobles, delicados y á menudo sublimes de los personajes de la Iliada con sus costumbres sencillas hasta la rudeza, y hacia notar que poco importa el traje puesto al hombre, á tal de que este hombre sea el hombre verdadero, el de todos los tiempos y el de todos los países. Además juntamente con la grandeza le encantaba en Homero la verdad perfecta, y decía de este modo:—Homero ha visto y obrado. Al revés Virgilio es un pasante de colegio, que no ha visto, ni hecho nada.—Esta severidad respecto de Virgilio provenia de que, no sabiendo Napoleon bastante latin

para avalorar la deliciosa lengua del poeta de Asonia, solo era sensible á la verdad y á la magestad de los cuadros, de ménos magnitud en Virgilio que en Homero.

Entre los escritores modernos á los autores dramáticos daba la preferencia. Ni los géneros inciertos, ni la mezcla de lo cómico y de lo trágico eran de su gusto. Menospreciaba lo que denominamos drama, y decía que es la tragedia de las doncellas de servicio. Encomiaba la grandeza de Corneille, la elocuencia de sentimientos de Racine, la profundidad cómica de Moliere; poco gustaba de Voltaire como autor dramático, si bien le admiraba mucho como prosista, así por la sustancia como por la forma; sensible á la gracia, aun cuando positivo siempre, con deleite sumo leía á Mad. de Sevigné, bien que diciendo que, despues de haberla leído con delicia, no le quedaba nada. Medianamente escrita le parecia la Historia en Francia, excepto las memorias, y achacaba esta inferioridad á la ignorancia de los negocios en que se habia hecho vivir á las gentes de letras. De buen grado entraba á discurrir sobre las dificultades de este arte, que habia practicado por sí mismo, y decía á propósito de la historia de Francia.—No hay medio posible, forzoso es escribirla ó en dos tomos ó en ciento.

A medida que, por destruir su salud así la inacción como el hastío, más de cerca veía la muerte, de filosofía y de religion platicaba con mayor frecuencia, y se expresaba en esta forma:—Visible está Dios en el universo por todas partes, y muy ciegos ó muy débiles son los ojos que no le ven patentemente. Yo le veo en la natura-

za toda, y conozco que estoy bajo su mano omnipotente, y no aspiro á dudar de su existencia, porque no me inspira miedo. Yo creo que es tan misericordioso como grande, y convencido estoy de que, cuando volvamos á su vasto seno, allí encontraremos todos los presentimientos de la conciencia humana, y que allí será bueno y será malo cuanto los espíritus verdaderamente iluminados han declarado bueno y malo sobre la tierra. Completamente prescindiendo de los errores de los pueblos, que se pueden reconocer en el rasgo de que el error del uno jamás es el error del otro; pero en el seno de Dios aparecerá bueno ó malo cuanto han declarado por tal los espíritus eminentes de todas las naciones. Sobre este punto no abrigo la duda más leve, y á pesar de mis culpas me acerco tranquilamente á la soberana justicia. Menos seguro me considero de mis obras cuando entro en el dominio de las religiones positivas. Aquí hallo á cada paso la mano del hombre, y me ofusca y me choca á menudo.... Pero no hay que ceder á tal sentimiento, en que entra por mucho el orgullo humano. Prescindiendo de las tradiciones nacionales, con que han complicado la religion todos los pueblos, lo esencial es que la noción de Dios y la noción del bien y del mal se hallen fuertemente profesadas. Yo he estado en las mezquitas, y he visto á las gentes postradas ante el poder eterno, y aun cuando á menudo chocara á mis hábitos nacionales, no experimenté el sentimiento del ridículo de ningún modo. Distrayendo la calumnia mis actos ha dicho que profesé el islamismo en el Cairo, y que luego en Paris hice el papel de católico delante del papa. En todo esto no hay más de ver-

dad sino que hasta dentro de las mezquitas hallaba cosa respetable, pues, sin conmovirme al modo que en los templos católicos donde fué educada mi infancia, allí veía al hombre de hinojos, humillando ante la magestad de Dios su flaqueza. Toda religion no bárbara tiene derecho á nuestros respetos, y nosotros los cristianos gozamos la ventaja de poseer una emanada de las fuentes de la moral más pura. Si debemos respetarlas todas, mayor razon hay para que acatemos la nuestra, fuera de que cada cual debe vivir y morir en aquella en que su madre le enseñó á adorar á Dios. *La religion constituye parte del destino.* Con el suelo, y las leyes y las costumbres forma ese conjunto sagrado á que se dá el nombre de patria, y de que no se ha de desertar nunca. Cuando en la época del Concordato me hablaban algunos viejos revolucionarios de hacer protestante á la Francia, yo me sublevaba como si se me hubiera propuesto dejar mi calidad de francés por la de inglés, ó la de alemán.—

Conducido por estos asuntos sublimes á tratar de ciertas cuestiones morales, Napoleon platicaba de lo que se habia denominado *su fatalismo*.— Sobre esta materia, decia, como todas las demás la calumnia ha trazado verdaderas caricaturas de mis opiniones. Se me ha querido presentar como un musulman estúpido, que todo lo veía escrito allá arriba, y que ni delante de un precipicio hubiera desviado la planta, ni delante de un caballo lanzado al galope, de resultas de la creencia de que nuestra vida y nuestra muerte no dependen de nosotros, sino de un destino implacable é imponible de contrariar á todas luces. Si fuera de este

modo, desde el nacimiento se debia meter el hombre en su cama, y no salir de allí nunca, esperando que hiciera Dios llegar los alimentos á su boca. Así vendría el hombre á ser estúpidamente inerte. ¡Ah, no puede pensar de tal manera el que como yo en las mas prolongadas guerras ha desplegado tantos esfuerzos, no siempre con fortuna, por lograr que la inteligencia humana predomine sobre el acaso! Mi creencia, como la de todo ser razonable es, que aquí abajo el hombre está encargado de su suerte, que tiene derecho á hacerla con su industria lo mejor posible, y que de igual modo es deber suyo, y que no ha de renunciar á sus esfuerzos, sino cuando ya no puede nada. Solo entonces debe concluir de pensar y de obrar y resignarse en suma, y no hacer caso del peligro, cuando conjurarlo no está á su alcance. Por mas que se haga en la guerra, donde quiera casi es igual el peligro. Hombres he visto abandonar como peligroso un puesto, y caer precisamente en el que acababan de elegir por más seguro. Por consiguiente es vano agitarse en la guerra, con la agitación se pierde la sangre fria y el denuedo, sin evitar el peligro, y evidentemente es lo mejor resignarse á los azares del propio estado, no cuidándose más de los proyectiles que cruzan por los aires que del viento que sopla en vuestros cabellos. Entonces se halla uno dueño de todo su valor y de toda su sangre fria y de todo su talento, y con la calma se recupera la perspicacia. Ese es mi fatalismo, ese es el que predicaba siempre á mis soldados, usando de las más adecuadas formas para su inteligencia, aspirando á persuadirles de que su suerte estaba decretada allá arriba, de que con la

cobardía no la podían cambiar nada, y de que por tanto lo mejor era ganar el mérito del valor; y á la doctrina agregaba el ejemplo, ostentando sobre mi frente, contemplada por todos, una imperturbabilidad, que habia acabado por ser sincera. Este era el fatalismo del soldado, pero como general practicaba otro muy distinto, pues tengo el orgullo de creer que nadie se ha servido más que yo de su entendimiento y de su voluntad en la guerra. Ya veis, añadía Napoleon, que puedo dar razón de todas mis opiniones, pues están fundadas en el conocimiento verdadero y práctico de las cosas.

Napoleon experimentó en este año de 1818 una vivísima pesadumbre. Del carácter un tanto atrabiliario del general Gourgaud ya hemos hablado. Su envidia, no excitada ya por Mr. de las Cases, se exacerbaba contra el general Montholon, por ser ahora el llamado á escribir al dictado de Napoleon más á menudo. Semejante desavenencia procedia tambien de otras causas. Sobremanera contribuian las dos familias de Bertrand y de Montholon á dulcificar el cautiverio del prisionero austriaco. Sin embargo diferian mucho de carácter y de opinion acerca de todo lo que ocupaba á la colonia desterrada. A la par que mucha discrecion y dulzura y gran conocimiento del mundo, en la familia de Montholon predominaba el convencimiento de que, lejos de irritar á sir Hudson Lowe, tomando siempre sus intenciones en mala parte, al revés convenia ablandarle, sin mas que mostrarse más justos respecto de su persona, á fin de sacar el mejor partido posible para el bienestar de aquel á quien todos eran adictos. Aunque de in-

dole generosa, en la familia de Bertrand predominaba la melancolía y la propensión al enojo; aparte vivía en la mansión de Hutt's Gate, y poniendo por delante la consideración de la honra, siempre opinaba por resistir á las tiranías del carcelero de Santa Elena. De aquí resultaban entre las dos familias muy frecuentes divergencias de opinion y de conducta, y lo que no fuera más que un disentiimiento ordinario, á causa de mezclarse el general Gourgaud se convertía en un disentiimiento grave. A tal punto llegaron las cosas que Napoleón vióse obligado á mediar entre los generales Gourgaud y Montholon para evitar un escándalo, que en la tierra del destierro fuera de efecto muy deplorable. Indignado Napoleón interpuso su autoridad, y obligó á estos dos militares á desistir de su querrela. Con especialidad mostróse severo con el general Gourgaud, que tenía la principal culpa, y que de resultas manifestó deseos de abandonar á Santa Elena. Napoleón dióle su permiso.—Mejor quiero estar solo, le dijo á secas, que verme perturbado hasta en mi desgracia por tan locas pasiones.—Muy poco vió al general Gourgaud durante los últimos dias que estuvo en Longwood, y sin embargo, al tiempo de su partida, no olvidando las pruebas de adhesión que había recibido de su persona, le dió muy señaladas muestras de su aprecio. De Santa Elena trajo el general Gourgaud una primera relacion de su campaña de 1815, según le había sido dictada, y que de vuelta en Europa dió á luz como obra suya. Igual relacion, mandada por Napoleón y autorizada con su nombre, se publicó posteriormente en la coleccion de sus obras. A dicha se puede tener

que se hayan conservado ambas, pues conformes están una y otra acerca de los puntos esenciales, y sin embargo algunos pormenores omitidos en la primera y consignados en la segunda, aun contribuyen á esclarecer más los sucesos de tan memorable campaña.

Por la misma época Napoleón sufrió pérdidas, que tambien le fueron muy sensibles. El almirante Malcolm dejó el mando de los mares del Cabo, tras de probar con su conducta que, sin faltar en lo más mínimo á la observancia de los deberes, en mucho cabía dulcificar la suerte del ilustre prisionero. Su intimidad con Napoleón había desagradado á sir Hudson Lowe, el cual temía que la manera de ser del almirante significara una condenacion de la suya.

Sucesor suyo fué el almirante Plampin, personaje de frialdad suma y poco dispuesto á frecuentar á Longwood. De Napoleón recibió el almirante Malcolm la despedida de un amigo.

A esta pérdida se añadió otra que, sin llegarle á Napoleón tan al alma, realmente introdujo una penosa variacion en sus costumbres. Se había ya habituado, no á la medicina inglesa, sino al carácter del doctor O'Meara, que le proporcionaba noticias, y le hacia un resumen exacto de los periódicos ingleses, lo cual interesabale de plano, porque el último fulgor de esperanza subsistente en su alma se cifraba en un cambio de gabinete en Inglaterra. Habiendo descubierto sir Hudson Lowe que figuraba como noticiero de Longwood el doctor O'Meara, le exigió que de sus conversaciones con Napoleón le diera parte. A ello se negó el doctor O'Meara, diciendo que como leal y